

---

# EL PATRIMONIO (Y EL MATRIMONIO) EN SINGAPUR

---

Stephen Jay Gould

Profesor de la Universidad de Harvard.

Tomado de Stephen Jay Gould, *La sonrisa del flamenco*, Crítica Grijalbo — Mondadori, Barcelona, 1995. Se publica con autorización de la editorial. *Cuadernos de Economía* agradece a José Ignacio Pérez, Gerente General de Grijalbo en Colombia.

## Resumen

**Gould, Stephen Jay, "El patrimonio (y el matrimonio) en Singapur", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, páginas 307-320.**

*Este artículo muestra que ideas desacreditadas hace mucho tiempo —como las concepciones eugenésicas, que creían posible 'mejorar' las cualidades humanas mediante la reproducción selectiva de los grupos 'más aptos': arios, inteligentes o ricos— resurgen en forma de políticas supuestamente basadas en la ciencia pero que, en realidad, no tienen más "apoyo que los prejuicios sociales de sus defensores". El eje del artículo es la crítica a la pretensión de mejorar el 'capital humano' dando prioridad a la procreación de los graduados universitarios y a la educación de sus hijos; para ello hace una breve revisión de los debates sobre el coeficiente de inteligencia y el éxito académico; sintetiza la larga discusión sobre la heredabilidad de los rasgos adquiridos, el papel de la herencia genética y la interacción con el entorno —un tema que Shakespeare acuñó en la frase nature or nurture (naturaleza o crianza) y que recorre la obra de Amartya Sen, el reciente Nobel de Economía— y, finalmente, llega a la siguiente conclusión: "Sería más sensato y menos controvertido construir más escuelas".*

## Abstract

**Gould, Stephen Jay, "Patrimony (and Matrimony) in Singapore", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, pages 307-320.**

*This article demonstrates that ideas which were long ago discredited —such as eugenic concepts, which believed it possible to "improve" human qualities by means of the selective reproduction of the "most apt" groups: Aryans, the intelligent, or the rich— reemerge in the form of policies supposedly based on science but which, in fact, have no more "support than the social prejudices of their defenders." The crux of the article is a critique of the pretension to "improve human capital" by giving priority to the procreation of university graduates and to the education of their children. For that end it provides a brief review of the debates over IQ and academic success; it synthesizes the long discussion about the inheritability of acquired characteristics, the role of genetic inheritance, and interaction with the environment —a subject for which Shakespeare coined the phrase "nature or nurture" and which runs through the work of Amartya Sen, the recent Nobel Prize winner in Economics— and finally it arrives at the following conclusion: "It would be more sensible and less controversial to build more schools".*

Algunos argumentos históricos son tan intrínsecamente ilógicos o poco plausibles que, tras su caída, no somos capaces de prever una subsiguiente resurrección en épocas o contextos posteriores. La desaparición de algunas ideas debería ser tan irrevocable como la extinción de las especies.

De todas las ideas erróneas de la larga historia de la eugenesia (el intento de 'mejorar' las cualidades humanas por una producción selectiva) no hay ninguna que me parezca más estúpida o egoísta que el intento de inferir la 'inteligencia' intrínseca de la gente, de base genética, a partir del número de años que asistieron a la escuela. La gente torpe, o así lo quería el razonamiento, no es capaz de hacer frente al aula; abandona la educación formal tan pronto como puede. La falacia, por supuesto, está en una mezcla, de hecho en una inversión, de causa y efecto. No negamos que los adultos que nos parecen inteligentes, habitualmente (pero no siempre) han pasado muchos años en la escuela. Pero el sentido común indica que sus logros son, en gran medida, el resultado de su propio aprendizaje (y de los favorables ambientes económicos e intelectuales, que permiten el lujo de una educación avanzada), y no de un patrimonio genético que les mantuvo sentados en los bancos de la escuela. A menos que la educación sea una monumental pérdida de tiempo, los profesores deben estar transmitiendo, y los estudiantes recibiendo, algo de valor.

Esta explicación a la inversa tiene tanto sentido que hasta los más ardientes eugenistas abandonaron la versión genética original hace ya mucho tiempo. El argumento genético fue muy popular desde el origen de las pruebas de CI, a comienzos de nuestro siglo, hasta principios de los años veinte, pero no me resulta fácil encontrar referencias a él a partir de entonces. Aunque Cyril Burt, ese grande y viejo estafador y decano desacreditado de los hereditaristas, escribió en 1947:

Es imposible que una jarra de una pinta contenga más de una pinta de leche; y es igualmente imposible que los logros educativos de un niño superen lo que su capacidad educacional permite.

En mi ejemplo favorito de la versión genética original, el psicólogo de Harvard, R. M. Yerkes, sometió a sus pruebas a casi dos millones de reclutas del ejército durante la primera guerra mundial y calculó un coeficiente de correlación de 0.75 entre la inteligencia medida y los años de estudios. Concluía:

La teoría de que la inteligencia de nacimiento es uno de los factores condicionantes más importantes en la continuidad de los estudios, se ve sin duda respaldada por esta acumulación de datos.

Yerkes percibió entonces otra correlación entre los bajos resultados obtenidos por los negros en las pruebas y su escolarización escasa o inexistente. Parecía estar al borde de una observación social significativa cuando escribió:

Los reclutas negros, a pesar de haberse criado en este país, en el que supuestamente la educación elemental es, no sólo libre, sino obligatoria para todos, dan cuenta de una falta de escolarización en una proporción asombrosamente grande.

Pero dio a sus datos el acostumbrado giro genético, razonando que la falta de inclinación en la asistencia a la escuela sólo puede reflejar una escasa inteligencia innata. No dijo ni una sola palabra acerca de la baja calidad (y los bajos presupuestos) de las escuelas segregadas o de la necesidad de un empleo remunerado temprano entre las personas empobrecidas. (Ashley Montagu reexaminó el gran volumen de datos de Yerkes veinte años más tarde y en un famoso trabajo demostró que los negros de varios estados norteros con unos presupuestos escolares generosos y un fuerte compromiso con la educación, obtenían mejores resultados en las pruebas que los blancos de estados sureños con los mismos años de estudios. Casi me pareció oír a los eugenistas de la vieja guardia farfullando desde sus tumbas: "Sí, pero sólo los negros más inteligentes fueron lo suficientemente listos como para irse al Norte".)

En todo caso, jamás esperé ver revivir los razonamientos de Yerkes como arma hereditaria en el debate, que continúa, acerca de la inteligencia humana. Estaba equivocado. Esta reencarnación resulta particularmente intrigante, porque procede de un lugar y una cultura enormemente distantes del contexto original de las pruebas de CI en Europa occidental y América. Debería servir para enseñarnos que los debates entre académicos no son siempre las impotentes exhibiciones de arcanas gimnasias mentales, que tan a menudo aparecen en nuestras sátiras y estereotipos, y que las ideas pueden tener consecuencias sociales importantes y pue-

den influir en las vidas de millones de personas. Las ideas antiguas pueden reemerger más adelante, a veces en contextos curiosamente alterados, pero siempre es posible reconocer su origen y seguir su pista hasta manifestaciones en nombre de la ciencia que jamás tuvieron más apoyo que los prejuicios sociales (a menudo no reconocidos) de sus defensores. Las ideas son importantes en un sentido tangible.

Hace poco recibí de unos amigos de Singapur un grueso paquete de fotocopias con informes de artículos procedentes de la prensa en lengua inglesa de su nación. Estas páginas cubrían un debate que surgió en su país a partir de agosto de 1983, cuando en su discurso anual del National Day Rally (algo equivalente a nuestro mensaje sobre el "estado de la unión", por lo que tengo entendido), el primer ministro, Lee Kwan Yew, abandonó su habitual exposición de perspectivas económicas y adelantos, y en su lugar dedicó sus comentarios a lo que considera un gran peligro que amenaza a su nación. El titular del *Straits Times* del 15 de agosto (Singapur fue en tiempos la ciudad principal de una colonia británica llamada *Straits Settlement*<sup>1</sup>) decía: "Cásese... y no se detenga en el primero. El primer ministro teme una reducción de la reserva de talentos de aquí a veinticinco años a menos que las personas con mayor educación se casen y tengan más hijos".

El primer ministro Lee había estudiado las cifras del censo de 1980, y había encontrado una preocupante relación entre el número de años que las mujeres pasaban estudiando y el número de hijos que posteriormente tenían. En concreto, Míster Lee vio que las mujeres carentes de educación tenían, por término medio, 3.5 hijos. Las mujeres con educación primaria tenían 2.7; con educación secundaria, 2.0 y las mujeres con títulos universitarios tan sólo 1.65 hijos.

#### Manifestó:

Cuanto mayores son los estudios de la gente, menos hijos tienen. Pueden percibir las ventajas de una familia pequeña. Conocen la carga que supone el sostenimiento de una gran familia... Cuanto más amplios son los estudios de una mujer, menos hijos tiene.

Hasta el momento, por supuesto, el primer ministro Lee no había hecho más que descubrir en su nación un patrón demográfico común a prácticamente todas las sociedades tecnológicas modernas. Las mujeres que poseen estudios superiores y carreras interesantes no tienen el más mínimo interés en pasarse la vida en casa, pariendo y criando grandes familias. Míster Lee lo reconocía:

---

1 "Colonia del Estrecho", por el estrecho de Singapur (N. del R.).

Es demasiado tarde para que cambiemos nuestra política haciendo que las mujeres regresen a su papel fundamental de madres... Nuestras mujeres no lo aceptarían. Y, en todo caso, se han convertido ya en un factor demasiado importante en nuestra economía.

Pero ¿por qué resulta tan preocupante este patrón? Hace muchas generaciones que existe en muchas naciones, por ejemplo la nuestra. No parece haber producido detrimento alguno en nuestra dotación mental o moral. La correlación entre la educación y el menor número de hijos se convierte en un dilema sólo si se le infunde el viejo y desacreditado argumento de Yerkes de que las personas con menos años de estudios son, irrevocable y biológicamente, menos inteligentes. Míster Lee planteó exactamente esta idea, detonando así lo que la prensa de Singapur calificó como "el gran debate matrimonial".

El primer ministro, por supuesto, no ignora que el número de años de estudios puede reflejar ventajas económicas y tradiciones familiares que poca relación tienen sobre la inteligencia heredada. Pero planteó un razonamiento específico que desdibujaba hasta la insignificancia la aportación potencial de tales factores ambientales a los años de estudios. Singapur ha sido testigo de grandes y recientes adelantos en la educación: en la década de 1960 se introdujo la escolarización general y se crearon plazas universitarias para todos los candidatos cualificados. Antes de estas reformas, argumentaba Lee, muchos niños genéticamente brillantes crecían en hogares pobres y jamás llegaban a recibir una educación adecuada. Pero, según él, esta única generación de igualdad de oportunidades resolvió todas las desigualdades genéticas de un plumazo. Los hijos capaces de padres pobres salieron a la luz y fueron educados hasta alcanzar su nivel de competencia. La sociedad se ha ordenado con arreglo a las líneas de capacidad genética, y el nivel de educación es hoy una clara guía de las capacidades heredadas.

Dimos una educación universal a la primera generación a comienzos de la década de 1960. En los años sesenta y setenta tuvimos una gran cosecha de muchachos y muchachas capacitados. Procedían de progenitores brillantes, muchos de los cuales jamás tuvieron acceso a la educación. En la generación de sus padres, tanto los capaces como los no tan capaces, tenían familias grandes. Esta ha sido una cosecha de choque que es improbable que se repita. Porque una vez que esta generación de niños procedentes de padres sin educación haya recibido la educación correspondiente a finales de los años sesenta y setenta, y los más brillantes lleguen a lo más alto, hasta los niveles terciarios (es decir, la universidad), tendrán menos de dos hijos por mujer casada. No tendrán familias grandes como sus padres.

Lee pasaba entonces a esbozar un siniestro cuadro de deterioro genético gradual:

Si continuamos reproduciéndonos de este modo desequilibrado, no podremos mantener nuestros estándares actuales. Los niveles de competencia entrarán en declive, nuestra economía se deteriorará, sufrirá la administración y la sociedad declinará. Porque, ¿cómo podemos evitar una disminución del rendimiento si por cada dos graduados (aunque exagere un poco para dejar claro el punto) dentro de veinticinco años habrá sólo uno, y por cada dos trabajadores sin estudios habrá tres?

Hasta aquí no he demostrado aún lo que pretendía: que los peores razonamientos planteados por los hereditaristas en las grandes guerras naturaleza-crianza de los intelectuales occidentales pueden reemerger con gran impacto social en contextos posteriores, perfectamente distintos. Los razonamientos de Míster Lee suenan desde luego como una reproducción del debate sobre la inmigración en Norteamérica en los años 1920 o de la larga controversia en Gran Bretaña acerca del establecimiento de escuelas separadas, patrocinadas por el Estado (lo que se hizo durante muchos años), para niños brillantes y para los problemáticos. Después de todo, los razonamientos son fáciles de construir, por defectuosos que sean. Tal vez, el primer ministro de Singapur los reinventara simplemente, sin aportación alguna de anteriores encarnaciones occidentales.

Pero otro pasaje clave del discurso de Lee (el que despertó en mí oleadas de reconocimiento y me inspiró para escribir este ensayo) sitúa la fuente de las afirmaciones del primer ministro en antiguas falacias de la literatura occidental. He pasado por alto una parte crucial del razonamiento: la justificación 'positiva' de la predominancia de la herencia en los logros intelectuales (frente a la afirmación meramente negativa de que la educación universal debía eliminar todo componente ambiental). En un pasaje que hizo que un escalofrío de *déjà vu* recorriera mi espina dorsal, Lee afirmaba:

El rendimiento de una persona depende de la naturaleza y de la crianza. Hay cada vez mayor evidencia de que la naturaleza, o lo que es heredado, es el principal determinante del rendimiento de una persona, en comparación con la crianza (o sea, la educación y el entorno)... La conclusión a la que han llegado los investigadores es que el 80 por 100 es naturaleza, o herencia, y el 20 por 100, las diferencias procedentes de los diferentes ambientes y la educación.

Nótese el punto clave: "80 por 100" (suplementado por las referencias específicas de Lee a los estudios realizados sobre gemelos idénticos criados por separado). Todos los conocedores del debate occidental reconocerán inmediatamente que la fuente de esta afirmación es la "cifra estándar", tan a menudo citada por los hereditaristas (especialmente por Arthur Jensen en su notorio artículo de 1969 titulado "How Much Can We Boost IQ and Scholastic Achievement", Cuánto debemos aumentar

nuestro CI y el logro escolar), de que el CI tiene una heredabilidad medida de un 80 por 100.

Las falacias de esta fórmula del 80 por 100, tanto en cuanto a los hechos como en cuanto a las interpretaciones, han sido ampliamente aireadas en casa, pero, por desgracia, este aspecto del debate al parecer no ha llegado hasta Singapur.

Cuando Jensen sostenía una heredabilidad del 80 por 100, su defensa fundamental de esto se basaba en los estudios de Cyril Burt acerca de gemelos univitelinos criados por separado. Burt, el gran decano del hereditarismo, escribió su primer trabajo en 1909 (tan sólo cuatro años después de que Binet publicara su primera prueba del CI) y siguió, con implacable tozudez, planteando los mismos razonamientos hasta su muerte, en 1971. Su estudio de los gemelos separados logró una fama especial, porque había amasado una muestra enorme de datos acerca del más raro de los animales (más de cincuenta casos), donde ningún investigador anterior había conseguido encontrar ni siquiera la mitad. Sabemos hoy que el "estudio" de Burt fue probablemente el caso más espectacular de fraude científico sin apelativos de nuestro siglo: no hay ningún problema en localizar cincuenta parejas de gemelos separados cuando sólo existen en la imaginación de uno.

Los defensores hereditaristas de Burt reaccionaron inicialmente ante la acusación de fraude, atribuyendo ésta a ideólogos ambientalistas de izquierda, que se habían lanzado a destruir a un hombre por medio de la maledicencia, al no haber podido conseguirlo por medio de la lógica o la evidencia. Ahora que el fraude de Burt ha quedado establecido más allá de toda duda (ver la biografía de L. S. Hearnshaw, *Cyril Burt, Psychologist*), sus antiguos defensores plantean otro razonamiento: la cifra del 80 por 100 está también establecida a través de otros estudios que la "corroboración" de Burt no tenía mayor importancia.

Por lo que yo llevo leído, la literatura acerca de las estimaciones de la heredabilidad del CI es un laberinto confuso, con valores que van desde el 80 por 100 citado por Jensen y otros, hasta la afirmación de Leon Kamin (véase Bibliografía) de que la información existente no es incompatible con una heredabilidad verdadera de 0. En cualquier caso, el número en sí tiene poca importancia, dado que el razonamiento de Lee descansa sobre una falacia aún más profunda y básica: en una falsa interpretación de lo que significa la heredabilidad, cualquiera que sea su valor numérico.

El problema comienza con una identificación, común e incorrecta, entre heredable y "fijo e inevitable". La mayoría de la gente, cuando oye decir que el CI tiene una heredabilidad de un 80 por 100, llega a la conclusión de



que las cuatro quintas partes de su valor están irrevocablemente inscritas en nuestros genes, y que sólo una quinta parte es susceptible de mejora por medio de una buena educación y un entorno apropiado. El primer ministro Lee creyó a pie juntillas en esta vieja trampa del falso razonamiento cuando llegó a la conclusión de que una heredabilidad de un 80 por 100 establecía una predominancia de la naturaleza sobre la crianza.

La heredabilidad, como término técnico, mide hasta qué punto puede explicarse la variación en la aparición de un rasgo en el seno de una población (estatura, color de los ojos CI, por ejemplo), por medio de las diferencias genéticas entre los individuos. La heredabilidad no es una medida de flexibilidad o inflexibilidad en la expresión potencial de un rasgo. Por ejemplo, un determinado tipo de defecto visual puede ser heredable en un 100 por 100 y, aun así, fácil de corregir por medio de unas gafas. Aunque el CI fuera heredable en un 80 por 100 podría aún ser susceptible de una gran mejora por medio de una educación adecuada (no pretendo afirmar que todos los rasgos heredables sean fáciles de alterar; algunos defectos visuales heredados no pueden resolverse por medio de la tecnología de que disponemos. Simplemente pretendo señalar que la heredabilidad no constituye una medida biológica intrínseca e inalterable). Así pues, confieso que jamás me ha interesado gran cosa el debate acerca de la heredabilidad del CI, precisamente porque incluso un valor muy elevado (que no está ni mucho menos establecido) no diría nada acerca del problema fundamental, caracterizado con tanta precisión por Jensen en el título de su artículo: ¿Hasta qué punto podemos mejorar el CI y el éxito académico? Ni siquiera he mencionado (y no pienso discutir, ya que si no este ensayo sería interminable) la falacia aún más profunda de todo este debate: la suposición de que un concepto tan maravillosamente múltiple como el de inteligencia pueda medirse significativamente por un simple número, por el que las personas quedarían clasificadas a lo largo de una escala unilineal de valor mental. El CI puede tener una gran heredabilidad, pero si esta venerable medida de la inteligencia es (cosa que sospecho) una abstracción carente de significado, ¿a quién le importa? Probablemente la primera articulación de mi dedo anular derecho tenga una mayor heredabilidad que el CI, pero a nadie le preocupa medir su longitud porque el rasgo no tiene ni realidad independiente ni importancia.

Al argumentar que el primer ministro Lee ha basado sus miedos acerca de unos datos occidentales dudosos, quiero destacar enfáticamente que carezco de derecho alguno para pontificar acerca de los problemas de Singapur o sus posibles soluciones. Soy persona cualificada para hacer comentarios acerca de la nación de Míster Lee sólo de acuerdo con el

primer criterio de aquella vieja broma, que dice que los expertos sobre terceros países llevan viviendo en ellos menos de una semana o más de treinta años. No obstante, dado que soy un tanto entrometido, no puedo resistirme a hacer un par de pequeños comentarios. Pongo en duda, en primer lugar, que una nación con unas tradiciones culturales tan diversas entre sus sectores chino, malayo e indio pueda, en realidad, aspirar a igualar todas las influencias ambientales en una única generación de igualdad de oportunidades en la educación. En segundo lugar, me pregunto si la nación más densamente poblada del mundo (a excepción de diminutas ciudades-estado como Mónaco) debería realmente incentivar una tasa de reproducción mayor en ningún segmento de su población. A pesar de mi advocación al relativismo cultural, sigo defendiendo el derecho al comentario cuando otras naciones toman directamente prestada la ilógica de mi propia cultura.

La mayor barrera a la comprensión de la verdadera cuestión que se debate en esta histórica discusión puede expresarse con gran claridad exponiendo el falso enfoque favorecido por ese eufónico contraste de supuestos contrarios: *naturaleza y crianza*. (Me gustaría que el inglés no contuviese una pareja tan irresistible,<sup>2</sup> porque el lenguaje canaliza el pensamiento, a menudo en direcciones desafortunadas. En siglos anteriores, el acierto de una frase que subrayaba una comparación entre las *palabras y las obras* de Dios favoreció una lectura equivocada de la naturaleza como espejo de la verdad bíblica. En nuestros tiempos, una antítesis imaginada entre la naturaleza y la crianza ha provocado una compartimentación totalmente ajena a nuestro mundo de interacciones.) Todos los rasgos humanos complejos están constituidos por una mezcla inextricable de variados ambientes que operan sobre el despliegue de un programa contenido en el ADN heredado. La interacción comienza en el momento de la fecundación y continúa hasta el instante de la muerte. No podemos dividir pulcramente ningún comportamiento humano en una parte rígidamente determinada por la biología y otra sometida al cambio por influencias externas.

La cuestión real se centra en el potencial *biológico* frente al determinismo *biológico*. Todos somos defensores de la interacción; todos reconocemos la poderosa influencia de la biología en el comportamiento humano, pero los deterministas, como Arthur Jensen y el primer ministro Lee (al menos en su discurso de agosto), emplean la biología para construir una *teoría de los límites*. En la versión de mister Lee, la falta de escolarización implica una inerradicable falta de inteligencia, ya que el defecto, o al

---

2 Se refiere a *nature* y *nurture* y, a continuación, a *words* y *works*. La semejanza y la eufonía se pierden en castellano (N. del R.).

menos las cuatro quintas partes del mismo, no está en nuestra buena estrella, sino en nosotros, si es que somos subordinados. Los potencialistas reconocen la importancia de la biología, pero resaltan que las complejidades de las interacciones y la resultante flexibilidad del comportamiento eliminan la programación genética rígida como base de los logros humanos.

El determinismo biológico ha tenido (y sigue teniendo) una larga historia política como herramienta para justificar las desigualdades del *statu quo* echando la culpa a la víctima, como afirma John Conyers, Jr., uno de nuestros pocos congresistas negros, en un convincente editorial del *New York Times* del 29 de diciembre de 1983. Conyers comienza diciendo:

En la década de 1950, buena parte de la literatura sociológica acerca de la pobreza atribuía las estrecheces económicas de los negros y otras minorías a lo que se calificaba de pereza inherente e inferioridad intelectual. Esto alejaba la atención de los muros casi insuperables de la segregación, que bloquea a la movilidad social y económica.

Conyers pasa entonces a analizar un tipo de literatura cada vez más presente, que busca causas genéticas a las altas tasas de mortalidad entre los negros, en particular para varias formas de cáncer. Escribe Conyers:

En el lugar de trabajo, los negros presentan un riesgo de un 37 por 100 mayor de contraer enfermedades profesionales, y una tasa de mortalidad un 20 por 100 mayor debida a enfermedades laborales.

La susceptibilidad a las enfermedades puede verse influida por la constitución genética, y los grupos raciales pueden tener diferentes propensiones medias. Pero si nos concentramos en especulaciones vanas, y sin datos acerca de la herencia, pasamos por alto la raíz inmediata, que está en el racismo y en las desventajas económicas. Porque estos problemas generalizados son sin duda causas principales de la discrepancia, que podría, pues, reducirse o eliminarse por medio de una reforma social (como comentario político evidente, la asignación de la causa a la biología, inabordable, hace disminuir la presión en favor de esas mismas reformas). Conyers continúa:

Del mismo modo que en la década de 1950, a los negros se les dice que gran parte de sus problemas se los buscan ellos mismos, que su mala salud no es más que una manifestación de sus hábitos personales inmoderados. Este tipo de estrategias que echan la culpa a la víctima... sirven para distraer la atención del hecho de que los negros son el objetivo de una amenaza desproporcionada de las toxinas, tanto en el lugar del trabajo, como en sus hogares, que suelen estar situados en las comunidades más contaminadas.

Como ejemplo, Conyers señala que los trabajadores negros del acero en las plantas de coque muestran una tasa de mortalidad por cáncer que

es el doble de la de los trabajadores blancos, siendo ocho veces mayor en el caso del cáncer de pulmón en particular.

Esta disparidad —argumenta Conyers— es explicable por los modelos de trabajo: el 89 por 100 de los trabajadores negros son asignados a los hornos de coque (la parte más peligrosa de la industria), frente a sólo el 32 por 100 de sus colegas blancos.

¿Debemos, pues, intentar mejorar directamente las condiciones de trabajo, o debemos especular acerca de las diferencias raciales intrínsecas? Aunque prefiramos las hipótesis genéticas, sólo podríamos ponerlas a prueba homogeneizando (y mejorando) nuestros lugares de trabajo, evaluando después el impacto de ello sobre la mortalidad. De modo similar, ¿debemos acaso proclamar que las mujeres con pocos estudios deben ser insuperablemente estúpidas, o deberíamos acaso eliminar los obstáculos económicos y sociales, darle un mayor impulso a la educación universal y ver qué tal se manejan estas mujeres? En pleno gran debate del matrimonio en Singapur, el *Jakarta Post* echó una mirada a la agitación de su vecino y publicó el comentario: "Sería más sensato y menos controvertido construir más escuelas".

## POST SCRIPTUM

La situación en Singapur se ha ido haciendo, en las inmortales palabras de Alicia, "más y más curiosa" desde que escribí este ensayo. Algunos informes parecen casi cómicos, pero más valdría que nos fijáramos en aquello de lo que nos reímos (como pronto podrá verse). Poco después del discurso del primer ministro Lee Kwan Yew, y del furor resultante descrito en el ensayo original, el primer ministro en funciones, el doctor Goh Keng Swee, hizo público su primer paquete de contramedidas. Incluían el establecimiento de unos servicios de contactos por ordenador para favorecer emparejamientos eugenésicamente apropiados e instrucciones a la Universidad Nacional de Singapur para la creación de cursos para subgraduados sobre el cortejo, para mejorar las habilidades de reproductores potenciales, tímidos pero capaces. Según el *New York Times* (12 de febrero de 1984), la televisión estatal de Singapur "planea emitir una serie dramática en la que se pretenderá mostrar que las mujeres de carrera solteras son personas incompletas y que sus vidas están vacías".

Lo que es más grave, y casi bordea lo insidioso, es que el primer ministro Lee ha instituido las primeras medidas oficiales de preferencias e incentivos. El Family Planning Board de Singapur ha dado la vuelta a su antigua campaña en favor de las familias con sólo dos hijos... pero sólo en la propaganda dirigida a las personas con estudios. Esta institución lleva a cabo ahora una campaña de 'doble mensaje': "A los graduados, y

los profesionales se les dirá que crezcan y se multipliquen; a los menos educados se les pedirá que no tengan más de dos hijos" (*New York Times*, 12 de febrero de 1984).

Como primer acto explícito, el gobierno proclamó en enero de 1984 que las mujeres con título universitario tendrán prioridad para llevar a sus hijos a las escuelas primarias que escojan, Los menos educados (atiendan a esto y estremézcanse) serán los siguientes en orden de preferencia, si aceptan ser esterilizados tras el nacimiento de su primer o segundo hijo (*New York Times*, 12 de febrero de 1984).

Los planes del primer ministro Lee no han logrado una aprobación universal ni en Singapur ni en los países vecinos. Warren Y. Brockelman, de la Universidad de Mahidol de Bangkok, se unió a Yongyuth Yuthavong y otros diez miembros de la Facultad de Ciencias en una vigorosa protesta, publicada en el *Bangkok Post* del 16 de febrero de 1984. (Agradezco al doctor Brockelman el envío, a través de David Woodruff, de los documentos que utilicé para escribir este *post scriptum*.) Dice así:

No existe evidencia alguna de que los diferenciales en la tasa de natalidad entre las clases económicas o los niveles educativos produzcan cambio alguno en la estructura genética de una población humana. Un aspecto particularmente contraproducente e injusto de esta nueva política es que los niños nacidos de madres con estudios obtendrán preferencia sobre los demás a la hora de ser admitidos en un colegio, El efecto de esta política será garantizar que las familias menos educador permanezcan en un estadio de incultura y mantengan su alta tasa de natalidad. No servirá para aumentar el acervo de talento educado. Una política más sensible consistiría en otorgar la preferencia en la admisión a las escuelas a los hijos de las parejas menos educadas, para que puedan ascender de nivel socioeconómico y alcanzar las tasas de natalidad menores, que habitualmente se asocian con el éxito social.

En la vecina Malasia, Chee Heng Leng y Chan Chee Khoon han publicado una serie de críticas inspiradas por el renacimiento de la eugenesia en Singapur (*Designer Genes, IQ, Ideology and Biology, INSAN, Selangor*, Malasia; en la portada aparece una foto de unos vaqueros. Me alegra que pudieran incluir un ensayo mío, procedente de *Desde Darwin*, en su colección. Los doctores Chee y Chan señalan que también en Malasia han surgido ideas similares (aunque aún no se han traducido en una política oficial), donde el primer ministro Datuk Seri Dr. Mahathir Mohamad ha argumentado que los malayos nativos han heredado un carácter débil y desenfadado como resultado de su acogedor ambiente físico, combinado con la endogamia (mientras que los chinos étnicos son un grupo más duro, criado en una tierra más áspera). Chee y Chan resumen la situación de Singapur admirablemente:

Lo que más notable resulta acerca de la situación actual en Singapur es, en realidad, el modo burdo en el que se ha formulado el concepto de la 'heredabilidad del CI'. Aún más, se están empleando para respaldar estas afirmaciones datos llamados científicos, que perdieron toda su credibilidad en los círculos científicos hace una década... La situación en Singapur resulta también sorprendente, en tanto que estos pronunciamientos "científicos" se han visto rápidamente traducidos en políticas sociales, que favorecen descaradamente a la clase alta y discriminan a la mayoría pobre de la población de Singapur.